

— Hasta ahora no; tal vez con el tiempo se corregirán los muchachos que vayan creciendo; pero en cuanto á los hombres hechos, no hay remedio, han tomado esa maña, y no pueden dejarla. Y últimamente, qué vale eso? Algo peores eran las galanterías que te han hecho y te querían hacer nuestros queridos paisanos.

— Ya se ve: es verdad, si no hay otro mal...

— Ahora que ya te has convencido de eso, verás cómo te va bien. Vamos á ver el amo.

Efectivamente todo fué bien, y tan conforme con lo que Bartolo había prometido, que nos parece inútil referir los pormenores. Y verdaderamente fué efecto de la Providencia, porque los ahorros que Lorenzo había dejado en su casa, veremos muy presto cuán poco podía contar con ellos.

CAPÍTULO XVIII

El mismo día 13 de Noviembre llegó una requisitoria del Capitan de justicia de Milan al podestá (corregidor) de Leco, para averiguar el paradero de cierto mozo llamado Lorenzo Tramallino, hilador de seda, que se escapó de la gente *prædicti egregii domini capitanei*, que se cree haya vuelto *palam vel clam* á su país *ignotum*, siendo justamente *verum in territorio Lauci, quod si compertum fuerit, sic esse*, trate el señor Podestá *quanta maxima diligentia fieri poterit*, de prenderle, y bien atado, *videlicet* con esposas (1), constando por experiencia ser insuficientes las manillas para el indicado sujeto, de meterle en la cárcel, donde quedará bien guardado,

1. En la época á que se refiere esta historia y muchísimos años des pues, todos los despachos de justicia, escrituras, autos, diligencias, etc., se extendían en casi toda la Italia en latín macarrónico, del que presenta una muestra el autor, tanto para burlarse de semejante costumbre, como para manifestar los trámites judiciales que se seguían en casos de esta naturaleza.

para entregarle á la persona de justicia que se enviará por él, y tanto en el caso de hallarle como en el contrario, *accedatis ad domum prædicti Laurentii Tramallini, et facta debita diligentia, quicquid ad rem repertum fuerit, au feratis et informationes de illius prava qualitate, vita et complicitibus sumatis* y de todo lo dicho y hecho, se encuentre, ó no se encuentre, *diligenter refferatis*. El señor Podestá, despues de



Llegó una requisitoria al podestá.

haberse cerciorado del mejor modo posible de que el individuo no se hallaba en el país, llamó al Cónsul (alcalde pedáneo) del pueblo, y conducido por él, y acompañado del tren de escribano y esbirros, pasó á casa de Lorenzo. Como estaba cerrada, y el que tenía las llaves no se encontraba ó no quería que se le encontrase, descerrajaron la puerta y se practicó la diligencia, esto es, se procedió como en una ciudad tomada por asalto. La fama de esta expedición se extendió

inmediatamente por todo el país, y llegó á oídos del padre Cristóbal, el cual no ménos admirado que afligido, fué preguntando á unos y á otros, para averiguar la causa de tan inesperado suceso; pero no pudiendo adquirir sino conjeturas y noticias contradictorias, escribió al padre Buenaventura, esperando tener datos más positivos. Entre tanto, fueron citados los parientes y amigos de Lorenzo, para que declarasen lo que sabían de su *prava* conducta. Ya era una desgracia, una deshonra, un delito llamarse Tramallino, el país estaba alborotado, y por fin se vino á saber que Lorenzo se había escapado de las manos de la justicia en el mismo Milan, y que había desaparecido; se sospechaba que hubiese hecho alguna fechoría, pero nada se contaba de positivo, y si se contaba era de distinta manera.

Cuanto mayor se suponía la fechoría, tanto ménos se creía en el país, en donde Lorenzo tenía la opinion de un mozo honrado. La mayor parte de la gente presumía, y se decían unos á otros al oído que todo aquello era una tramoya de D. Rodrigo para perder al pobre mozo; y esto prueba que juzgando por inducciones, y sin conocimiento de los hechos, á veces se perjudica á los mismos malvados.

Pero nosotros con conocimiento de causa, como se suele decir, podemos asegurar que, si bien D. Rodrigo notuvo parte en la desgracia de Lorenzo, tuvo gran complacencia en oirla, y la celebró con sus secuaces, y especialmente con el conde Atilio, el cual, segun su proyecto, debia hallarse en Milan; pero con las primeras noticias de la trapisonda que andaba en aquella ciudad, y de la canalla que corria las calles con distinta idea de la de recibir palos, juzgó conveniente aguardar á que las cosas estuviesen más claras, tanto más, cuanto habiendo ofendido á mucha gente, tenia bastante motivo para temer que algunos de los que sólo por impotencia se estuvieron quietos, animados por las circunstancias, creyesen que aquél era el momento oportuno para vengarse todos. No fué de mucha duracion este retardo, porque la órden que vino de Milan contra Lorenzo indicaba claramente que las cosas

habian vuelto á su estado ordinario, y, con efecto, las noticias positivas que casi llegaron al mismo tiempo lo aseguraban. El conde Atilio dispuso inmediatamente su viaje, animando á su primo para que insistiese en la empresa, á fin de quedar airoso, y prometiéndole que por su parte se ocuparia en quitarle el estorbo del fraile, á quien no debia hacer buen estómago el favorable contratiempo de Lorenzo. Apénas partió el Conde, cuando llegó de Monza salvo y sano el *Canoso*, y dió razon á su amo de lo que habia podido averiguar, diciéndole que Lucía estaba recogida en tal convento, bajo la proteccion de tal señora; que allí se hallaba tan encastillada como si fuera monja ella misma, y que jamas ponía los pies en la calle, tanto, que asistía á las funciones de la iglesia por una rejilla, lo que desagradaba á muchos que habiendo oído hablar algo de sus aventuras y celebrar infinito su belleza, hubieran querido verle la cara.

Esta relacion metió el diablo en el cuerpo á D. Rodrigo, ó, por mejor decir, empeoró el que ya de suyo era muy perverso. Tantas circunstancias favorables á sus miras inflamaban cada vez más su pasion, que era un conjunto de tema, cólera y libertinaje. Como Lorenzo estaba ausente y proscrito, le parecia que era lícito hacer cualquiera cosa contra él, y que su misma novia podia considerarse como objeto perteneciente á un rebelde.

El único hombre del mundo que podia sacar la cara por ella y hacer valer su justicia era el endiablado fraile, el cual se hallaria dentro de poco en la imposibilidad de hacer daño. Pero hé aquí que un nuevo obstáculo, no sólo contrabalanceaba todas estas ventajas, sino que las inutilizaba. Un convento de monjas en Monza, aunque no hubiese vivido en él una princesa, era un hueso demasiado duro para los dientes de D. Rodrigo, y por más que se devanase los sesos dando vueltas con la imaginacion á aquel retiro, no encontraba medio alguno de expugnarlo ni por la fuerza ni con estratagemas. En estas cavilaciones estuvo casi para abandonar la empresa, é ir á Milan, dando un rodeo por no pasar por

Monza, y en Milan entregarse á diversiones y placeres para disipar con pensamientos alegres el que ya comenzaba á fastidiarle. Pero ¿ y los amigos ? Esto de los amigos era cosa séria, porque, en vez de una distraccion, podía encontrar en su compañía una continua reconvenccion que exasperase su dolor, pues era muy probable que ya el conde Atilio hubiese tocado la trompeta, poniéndoles á todos en la expectativa. En mil partes le hubieran preguntado por la serrana, y á todos era necesario darles cuenta del negocio. Enterados de sus deseos y de sus tentativas, querrian saber el éxito. El empeño, aunque poco noble, seria ya notorio. Los caprichos no son fáciles de vencer; el caso es satisfacerlos, ó quedar desairado. ¿ Y cómo estaba su honor escarnecido por un paleta y un fraile ? Dirian ademas que cuando una feliz casualidad habia quitado del medio al uno, y los buenos oficios de la amistad al otro sin trabajo del bobalicon enamorado, el tal bobalicon no habia sabido aprovecharse de esta coyuntura y levantaba el campo cobardemente. Con esto pensaba D. Rodrigo que no habria quien le mirase á la cara, ó que tendria que empuñar la espada á cada momento. Por otra parte, ¿ cómo volver á morar en su país, donde, prescindiendo de los punzantes recuerdos de la pasion, llevaria en la frente la mancha para él espantosa de haber sufrido un desaire, en un país en que se hubiera aumentado el odio público, y disminuido la opinion, y en donde en la cara de cada pillo se hubiera podido leer, aún entre los más humildes saludos, un bochornoso *Buen chasco te llevaste, me alegre ?* El camino de la iniquidad es ancho, pero esto no quiere decir que sea cómodo porque tiene sus grandes tropiezos y escabrosidades, y aunque sea cuesta abajo, no deja de ser en gran parte molesto y penoso.

Á D. Rodrigo, que no queria salir de él, ni retroceder, ni detenerse, y que no podia ir adelante por si solo, bien le ocurría un modo con que poder salirse con la suya, y era el de asociarse con cierta persona, cuyas manos llegaban á veces hasta donde no alcanzaban otras con la vista, y para

quien las dificultades de las empresas eran un vivo estímulo; pero tambien este partido tenia sus inconvenientes y peligros, tanto más graves, cuanto eran más difíciles de calcular de antemano, pues nadie podía prever se término, una vez embarcado con aquel hombre, que aunque poderoso auxiliar, no era guía ménos peligroso.

Con estos incómodos pensamientos, titubeando estuvo D. Rodrigo muchos dias, hasta que recibió una carta de su primo, el cual le participaba que la trama estaba bien urdida; y en efecto, poco despues del relámpago estalló el trueno, que equivale á decir, que una mañana se supo inesperadamente que el padre Cristóbal habia salido de su convento de Pescarénico. Este suceso tan pronto y favorable, y la carta del conde Atilio, que por una parte animaba á su primo, y por otra le amenazaba con la burla de sus amigos, inclinaron cada vez más el ánimo de D. Rodrigo al partido arriesgado, y lo que le dió el último impulso fué la noticia inesperada de que Ines habia vuelto á su casa, en lo cual veia un embarazo ménos con respecto á Lucia. Vamos á dar cuenta de estos dos inconvenientes, enpezando por el último.

Habianse instalado apénas las dos cuitadas mujeres en su asilo, cuando se divulgó por Monza, y de consiguiente por el convento, la noticia del motin de Milan, y tras de la noticia en grande iban llegando muchos pormenores, que continuamente crecian y variaban. La demandadera, que vivia, digámoslo así, entre la calle y el convento, recibia las noticias de dentro y fuera, las recogia sin desperdiciar una, y se las comunicaba á sus huéspedes. Dos, seis, ocho, cuatro, siete ya estaban presos, van á ser ahorcados delante del horno *delle Grace*, otro en la calle en que vive el Director de provisiones: hay más; uno de Leco ó de aquellas inmediaciones se ha escapado; no sé su nombre; pero ya vendrá alguno que lo diga, y veremos si le conocéis.

Este anuncio, y la circunstancia de haber llegado Lorenzo justamente á Milan en el dia del alboroto, no dejaron de causar alguna inquietud á las dos mujeres; pero

cuál sería su consternacion cuando la demandadera vino á decirles :

— Es efectivamente de vuestro pais el que tomó soleta para no ser ahorcado : es hilandero de seda, y se llama Tramallino. ¿ Le conocéis ?

Á Lucía, que sentada estaba bordando un pañuelo, se le



Á Lucía sentada se le cayó la labor de las manos.

cayó la labor de las manos, y se inmutó en términos, que la demandadera á estar más cerca lo hubiera advertido, pero se hallaba á la puerta con Ines, que, aunque turbada, no tanto que no pudiera contenerse, y esforzándose por no ma-

nifestar su turbacion, dijo que en un pueblo pequeño todos se conocian, y que efectivamente ella conocia á Tramallino; pero dudaba que hubiese tomado parte en una cosa de aquella naturaleza, porque era un mozo quieto y honrado. Preguntó luego si era cierto que se hubiese escapado, y si se sabia adónde.

— Que se escapó, lo dicen todos; pero dónde no se sabe, y todavía puede ser que le atrapen : tambien puede estar ya fuera del pais ; mas como caiga vuestro mozo honrado y quieto...

Por fortuna llamaron á la demandadera, que se marchó sin concluir la frase ; pero figúrese el lector cómo quedarían la madre y la hija. Muchos días estuvieron la pobre mujer y la desolada muchacha fatigando su imaginacion en semejante incertidumbre, discuriendo acerca de las causas, modo y consecuencias de tan deplorable acontecimiento, y comentando cada una para sí ó juntas en voz baja, cuando podian, aquellas terribles palabras.

Un juéves, por fin, llegó al convento un hombre preguntando por Ines. Era un pescador de Pescarénico que ordinariamente iba á Milan á vender su pescado, y el buen padre Cristóbal le habia encargado que, pasando por Monza, se llegase al convento, saludase á las dos mujeres en su nombre, les contase lo que sabia de la triste ocurrencia de Lorenzo, y les recomendase la resignacion y la confianza en Dios, que él, aunque indigno religioso, no se olvidaria de ellas en sus oraciones, y mientras encontraba la oportunidad de ayudarles, les daria todas las semanas noticias suyas, por el mismo conducto ú otro semejante. Por lo que toca á Lorenzo, otra noticia positiva no supo dar el pescadero, sino la de las diligencias judiciarias practicadas en su casa, y de las indagaciones que se hicieron para pescarle, añadiendo que todas habian sido inútiles, pues ya se sabía que Lorenzo se habia acogido al territorio de Bergamo.

No es necesario decir que esta seguridad fué un bálsamo prodigioso para el dolor de Lucía ; de allí en adelante sus

lágrimas corrian ménos amargas ; halló más consuelo en los desahogos secretos que tenía con su madre, y en sus oraciones ordinarias mezclaba siempre una nueva accion de gracias al Señor.

Gertrúdis la llamaba á menudo á su locutorio privado, y conversaba á veces largamente con ella, agradándole sobre manera la ingenuidad y dulzura de aquella pobrecilla, y el oír á cada instante cómo le daba gracias y la bendecía. Tambien le referia Gertrúdis en confianza parte (esto es, lo más limpio) de su historia, y de lo que habia padecido para ir á continuar allí sus padecimientos; y con esto aquella primera extrañeza recelosa de Lucía ya se iba convirtiendo en compasion, porque hallaba en aquella historia razones más que suficientes para explicar lo que encontraba de extraño en los modales de su bienhechora : y á esto contribuia no poco la doctrina de Ines acerca de la extravagancia propia de los señores : sin embargo, aunque se sintiese inclinada á pagar con igual moneda la confianza con que la honraba Gertrúdis, tuvo buen cuidado de no hablarle de sus sobresaltos, de su nueva desgracia, ni de descubrirle quién era para ella aquel hilandero fugitivo, por no aventurarse á propagar unas voces tan penosas y de tanto escándalo.

Evitaba tambien en lo posible contestar á las curiosas preguntas de la monja, relativas á la historia anterior á su promesa de casamiento, y no obraba en esto por razones de prudencia, sino porque á la pobre inocente le parecia aquella historia más espinosa y más difícil de contar que todas las que habia oido y pensaba oír á la señora. En estas se trataba de opresion, de intrigas, de sufrimientos, y otras cosas que, aunque feas y tristes, se podian nombrar, al paso que en la suya se mezclaba cierto afecto. cierta palabra que, hablando de sí misma, no podia proferir sin mucha repugnancia, y á la que jamas encontraba una perifrasis que sustituir que no le pareciese ruborosa, y esta era *¡el amor!*

Gertrúdis á veces llegaba á punto de incomodarse al ver semejante reticencia ; pero se lo impedian la sencillez, el res-

peto y las expresiones de gratitud con que Lucía la acompañaba. Por otra razon le disgustaba tambien á veces aquel pudor tan atractivo y tan amable, aunque amortiguaba su disgusto el delicado pensamiento de que aquella jóven era una desvalida á quien hacia bien. Y era verdad, porque además del asilo, las conferencias con Gertrúdis, y la familiaridad con que esta la trataba, le servian de mucho consuelo. Otro hallaba en trabajar continuamente, por lo cual siempre pedia que le diesen algo que hacer. Al mismo locutorio nunca dejaba de llevar alguna labor para tener las manos en continuo ejercicio ; pero como los pensamientos tristes se introducen por todas partes, mientras Lucía trabajaba á la aguja, oficio al cual estaba poco acostumbrada, se le ofrecia continuamente á la memoria su devanadera, y tras de la devanadera, ¡ qué de otras cosas !

El juéves siguiente volvió el mismo mensajero ú otro con los saludos del padre Cristóbal, nuevos consejos, animando á las dos mujeres, y la confirmacion de la fuga de Lorenzo, pero sin noticias positivas del motivo de su desgracia, porque como el capuchino las aguardaba del de Milan á quien le habia recomendado, este contestó : que no habia visto ni carta, ni persona alguna ; y que aunque supo que un individuo habia ido á buscarle estando fuera del convento, no habia vuelto á parecer.

El tercer juéves no hubo noticia alguna, lo que no sólo privó á aquellas desgraciadas mujeres de un consuelo esperado con ansia, sino que fué para ellas, como sucede por cualquier pequeño accidente á personas alligidas y apuradas, un motivo da inquietud y de tristisimas conjeturas. Ya habia tenido Ines la idea de hacer una escapada á su casa, y la novedad de no parecer el mensajero la determinó á ello. Sentia Lucía tener que separarse de las faldas de su madre ; pero venciendo su repugnancia el afan de saber algo de cierto, y la seguridad que encontraba en aquel sitio, convinieron entre las dos que Ines iria al dia siguiente á aguardar en el camino al pescador que debia pasar por allí regresando á Milan, y le

pediría por favor que la admitiese en su carro para conducirla á la sierra.

Encontróle con efecto, y le preguntó si el padre Cristóbal le habia dado alguna razon para ellas, á lo que contestó el pescador que, habiendo estado todo el día ántes de su salida ocupado en pescar, no habia tenido encargo ni noticia alguna del capuchino. Pidióle la mujer el favor indicado, el que otorgó gustoso el buen hombre; con lo cual se despidió Ines no sin las lágrimas de su hija y de la señora, y ofreciéndoles que les enviaria noticias suyas y volveria presto, se puso en camino.

No hubo novedad en el viaje. Pasaron la noche en una posada del camino, como acostumbraba el pescador; ántes de amanecer continuaron su viaje, y llegaron á Pescarénico muy temprano. Apeóse Ines en la plazuela del convento, se despidió del buen hombre con muchos « Dios os lo pague », y ya que se hallaba en aquel paraje, quiso ántes de ir á su casa ver á su bienhechor. Tiró de la campanilla, y quien le abrió la puerta fué fray Bernardino, el de las nueces, quien al verla, le dijo:

— ¡Hola, amiga! ¿qué buen viento trae á usted por acá?

— Vengo á ver á fray Cristóbal.

— ¿Al padre Cristóbal? No está.

— ¿Tardará mucho en volver?

— ¡Quién sabe! — dijo el fraile encogiéndose de hombros.

— ¿Dónde ha ido?

— Á Rimini.

— ¿Dónde?

— Á Rimini.

— ¿Dónde está ese pueblo?

— ¡Uh, uh! — contestó el fraile, cortando con la mano el aire como para indicar mucha distancia.

— ¡Válgame Dios! ¿Y cómo se ha ido tan de repente?

— Porque así lo ha dispuesto el padre Provincial.

— ¿Y por qué habrá mandado tan léjos á un religioso que hacia aquí tanto bien? ¡Desdichada de mi!

— Si los superiores hubiesen de dar los motivos de las órdenes que expiden, ¿dónde estaria la obediencia, buena mujer?

— Sí; pero esta es mi ruina.

— ¿Sabe usted lo que habrá sucedido? Que en Rimini haria falta un buen predicador; y aunque nosotros los tenemos muy buenos en todas partes, muchas veces se necesitan ciertos hombres á propósito; de consiguiente, el padre Provincial de allá escribiria al de aquí si habia un religioso de tales y tales cualidades, y el padre Provincial diria: nadie mejor que el padre Cristóbal.

— ¡Qué desgracia! ¿Y cuándo salió?

— Anteayer.

— ¡Si yo hubiera hecho lo que me daba el corazon, hubiera venido algunos días ántes! ¿Y no sabe, poco más ó ménos, cuándo podrá volver?

— ¡Ah! ¿quién sabe? puede ser que ni el mismo Provincial lo sepa. Cuando un predicador nuestro ha tomado vuelo, nadie sabe á qué árbol irá á parar. Lo piden aquí, lo piden allí, y como tenemos conventos en las cuatro partes del mundo... Suponga usted que el padre Cristóbal tenga en Rimini una aceptacion extraordinaria en sus sermones de Cuaresma, porque no siempre predica de repente como lo hacia aquí para los aldeanos, sino que tenia para las ciudades sus sermones escritos. ¡Y qué sermones! Suponga usted que corre la fama de este gran predicador y que lo piden de... de ¿qué sé yo? de cualquiera parte. ¿Qué hay que hacer? Darlo, porque como nosotros vivimos de todo el mundo, está muy en el orden que sirvamos á todo el mundo.

— ¡Qué desgracia! exclamó otra vez Ines casi llorando.

— ¿Cómo nos compondremos sin él? Era el que nos servia de padre; su ausencia es nuestra última ruina.

— Oiga usted, buena mujer. El padre Cristóbal era ciertamente un hombre de bien; pero sepa usted que tenemos otros

que no le van en zaga; hombres caritativos, sabios y que saben tratar lo mismo con los señores que con los pobres. ¿Quiere usted hablar con el padre Anastasio? ¿Con el padre Jerónimo? ¿Con el padre Zacarias, ó con el...?

— ¡Dios me asista! — exclamó Ines con aquel tono de agradecimiento é impaciencia que se experimenta al oír una propuesta en que se nota más bien una buena voluntad que conveniencia. — ¡Á mi qué me importa que otro sea ó no bueno, cuando falta el que sabía nuestros asuntos, y ya habia dado pasos para ayudarnos!

— Entónces no hay sino tener paciencia, — dijo fray Bernardino.

— Eso ya lo sé yo, — contestó Ines. — En fin, perdone usted la molestia.

— No hay de qué; lo siento por usted. Y por fin, si se determina usted á valerse de alguno de los padres que he nombrado, aquí está el convento que no se mueve. ¡Vaya usted con Dios! Ya presto nos veremos, pues no tardaré en ir á la cuesta del aceite.

— ¡Quédese usted con Dios! — dijo Ines.

Y echó á andar para el pueblo, triste, desconsolada y llena de confusion, como el ciego que perdió el lazarillo.

Nosotros, algo mejor informados que fray Bernardino, podemos ahora decir lo que pasó. Apénas llegado á Milan el conde Atilio, fué á ver á su tío del Consejo secreto, como se lo habia ofrecido á D. Rodrigo. Era este Consejo una junta de trece personajes de capa y espada, á quienes consultaba el Gobernador general, y que reasumia provisionalmente el mando cuando este faltaba. El Conde tío, togado y uno de los más antiguos del Consejo, gozaba de algun crédito; pero no tenia igual en ostentarle y hacer que sonase fuera.

Empleaba para esto un lenguaje ambiguo, un silencio expresivo, uvas reticencias á tiempo, unas miradas como si dijera no puedo hablar, un esperar sin prometer, y un amenazar con desembarazo. Todo esto producía su efecto poco ó mucho, tanto, que hasta un *nada puedo en este nego-*

cio, siendo á veces la pura verdad, pero dicho de un modo que no se le creyese, contribuía á aumentar su concepto de valimiento, á manera de ciertos botes, que todavía se ven en algunas boticas, los cuales tienen por defuera ciertos rótulos



El Conde tío, togado.

ambiguos, y sin embargo, de que nada contienen, sirven para aumentar el crédito de la casa. El del Conde consejero, que habia tiempo que se iba aumentando con lentitud, se elevó en un momento hasta el último grado con motivo de un viaje que por comision hizo á Madrid, en donde, segun él

contaba, fué recibido con una distincion extraordinaria. En comprobacion, decia que el Conde-duque le habia honrado con su confianza, en términos de preguntarle una vez delante de toda la corte si le gustaba Madrid, y decirle otra vez á solas en el hueco de una ventana, que la catedral de Milan era la mayor de cuantas habia visto en los dominios del Rey.

El conde Atilio, despues de haber hecho á su tio los cumplimientos de estilo y haberle presentado los respetos de su primo, se revistió de cierta gravedad, como afortunadamente sabia hacerlo, y dijo.

— Creo cumplir con mi obligacion, sin faltar á la confianza de D. Rodrigo, dando cuenta á mi señor tio de un asunto que, si usted no lo toma á su cargo, puede ser de gravedad y traer tristes consecuencias.

— Me figuro que será una de las suyas.

— En obsequio de la verdad debo decir que la falta no está en esta ocasion de parte de D. Rodrigo; pero está resentido, y como digo, sólo mi señor tio...

— ¡ Vaya ! sepamos.

— Hay en aquel pais un capuchino que se ha empeñado en chocar con mi primo, y la cosa ha llegado á punto que...

— ¡ Cuántas veces he dicho á uno y á otro que no hay que meterse con los frailes !... de sobra hay con lo que dan que hacer á los que deben... á quien le toca... (Ya aqui sopló gordo.) Pero vosotros que podéis evitar...

— Mi señor tio, debo decir á usted que D. Rodrigo todo lo hubiera evitado si hubiera sido posible; pero el fraile es el que quiere habérselas con él, y le provoca de mil maneras.

— ¿ Qué diablos tiene ese fraile con mi sobrino ?

— Desde luégo es una cabeza extravagante, como todos saben, y hace alarde de tenérselas tiesas á los caballeros. Él protege, dirige, ó ¿ qué se yo ? á una aldeanilla del pais; él tiene por aquella mozueta un celo... una caridad, que no se cómo calificarla...

— Comprendo, — dijo el Conde consejero, advirtiéndose en su rostro cierto viso de malicia.

— Hace algun tiempo — continuó el conde Atilio — que al fraile se le ha metido en la cabeza que D. Rodrigo tiene ciertas miras....

— ¿ Conque se le ha metido en la cabeza ? ¡ Ah ! ya comprendo. Conozco bien al Sr. D. Rodrigo, y para justificarle en esta parte, necesita mejor abogado que tú.

— Puede ser muy bien que D. Rodrigo haya gastado alguna chanza con aquella muchacha, encontrándola por la calle : es jóven, y en fin no es capuchino; tampoco fuera justo que molestase yo á mi señor tio por semejantes muchachadas; pero lo que merece la atencion es que el fraile ha empezado á hablar de mi primo como lo haria de un pillo, con el objeto de excitar contra él á todo el pais.

— ¿ Y los demas frailes ?

— No hacen caso, porque saben que es un hombre extravagante, y miran á D. Rodrigo con el mayor respeto; pero es necesario advertir que este fraile tiene mucha opinion entre los aldeanos, porque tambien hace el santo, y...

— Sin duda no sabrá que D. Rodrigo es mi sobrino.

— Mucho que lo sabe, y es justamente lo que más le emperra.

— ¿ Cómo es eso ?

— Sí, señor, porque, y él mismo lo dice, se complace más con habérselas con D. Rodrigo, por la razon de que tiene un protector de tanto valimiento como usted, y que él se burla de los grandes y de los políticos, pues el cordon de San Francisco tiene atadas las manos á las mismas autoridades, y...

— ¡ Fraile insolente ! ¿ y cómo se llama ese atrevido ?

— Fray Cristóbal de***, — dijo el conde Atilio.

Y el tio bufando sacó un papel de un cajoncito de la escribanía, y escribió en él aquel desgraciado nombre; entre tanto, el conde Atilio continuaba diciendo :

— Ese fraile ha tenido siempre la misma manía. Ya se sabe toda su vida : era un plebeyo, que tenía algun dinero, queria tenérselas tiesas á los caballeros de su pueblo, y furioso por no poder dominarlos á todos, asesinó á uno de

ellos, y para no morir en la horca tuvo que meterse fraile.

— ¡ Muy bien ! ¡ muy bien ! allá lo veremos, — iba diciendo el tío sin dejar de bufar.

— Ahora está más furioso que nunca, — continuaba el conde Atilio, — porque se le ha descompuesto un negocio en que tenía grande interes, y de aquí conocerá usted qué casta de pájaro es el tal frailecito. Estaba empeñado en casar á aquella protegida suya, quizá para quitarla de los peligros del mundo... ya usted me entiende, ó quizá para meterla en ellos, queria casarla, y ya habia encontrado al hombre... otro protegido suyo, un sujeto cuyo nombre quizá conocerá mi señor tío, porque el Consejo habrá tenido que tratar de tan buena alhaja,

— ¿ Quién es ?

— Un hilandero de seda : Lorenzo Tramallino, el que...

— ¡ Lorenzo Tramallino ! — exclamó el tío, — ¡ bueno ! bueno ! ¡ Qué buen frailecito ! Cierto, y tenía una carta para... ¡ lástima que !... pero no importa... Y ¿ por qué el señor don Rodrigo nada me dice de todo esto, y deja que las cosas pasen tan adelante sin acudir á quien puede y debe dirigirle ?

— Tambien diré acerca de esto. Sabiendo los muchísimos negocios que usted tiene en la cabeza (el tío soplando puso la mano en ella, como dando á entender que no sabia cómo todos podian caber en ella), no queria añadirle otro, y ademas, segun lo que he podido entender, está D. Rodrigo tan fastidiado, tan aburrido, tan irritado por la insolencia de aquel fraile, que tiene más ganas de tomarse sumariamente la justicia por su mano, que de conseguirla por los medios legales. Yo he procurado echar agua al fuego ; pero viendo que la cosa iba mal parada, he creido de mi obligacion prevenir á usted, que por fin es el principal de la familia.

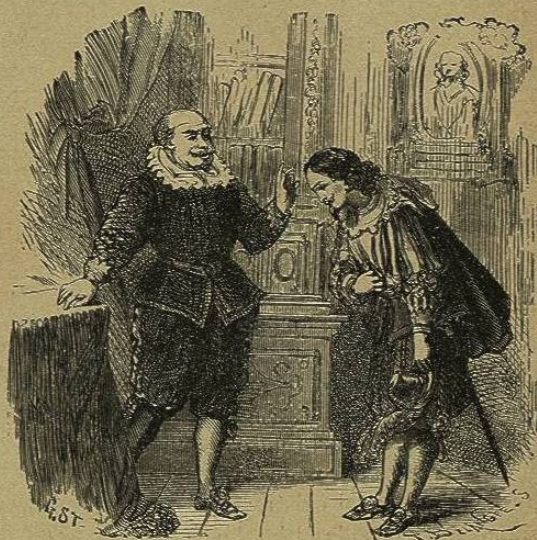
— Mejor hubieras hecho si me hubieras hablado ántes.

— Es verdad ; pero yo esperaba que el riesgo se disiparia, ya porque el fraile volviere sobré sí, ó ya porque se marchase de aquel convento, como suele suceder que estos frailes ora

están aquí, ora están allá, y con esto todo quedaria concluido. Pero...

— Ahora ya me toca á mí el componerlo.

— Así lo creí yo ; dije para mí : el tío con su penetracion y su autoridad sabrá prevenir un escándalo. Este fraile está muy hueco con su cordon de San Francisco, como si el cordon de San Francisco hubiese de patrocinar picardias. Usted tiene



« Tengamos juicio. »

mil medios que yo conozco ; sé que el padre Provincial le tiene, como es justo, una grandísima deferencia, y si usted cree que en este caso el mejor remedio es el de hacer que el fraile mude de aires, bastan dos palabras...

— Deje usted, señor sobrino, el cuidado á quien corresponde, — interrumpió el tío consejero.

— Tiene usted razon, — contestó el conde Atilio, como arrepentido de haberse propasado. — Conozco que no soy hom-